

cisión absoluta; la otra sometida á la influencia de fuerzas misteriosas que puedan alterarla.

Esta gran incógnita de la fisiología que Bichat todavía admite; esta potencia caprichosa que, según se pretende, resiste á las leyes de la materia y hace de la vida una especie de milagro, Claudio Bernard la ha excluido por completo. La oscura noción de la causa—dice él—debe ser remontada al origen de las cosas y colocada dentro de la ciencia en la noción de las relaciones de las condiciones. Más abajo, M. Renan añade: «Claudio Bernard no ignoraba que los problemas por él tratados afectaban á las más graves cuestiones filosóficas. El no se conmovió jamás. No creía que fuera permitido al sabio ocuparse de las consecuencias que podían resultar de sus indagaciones, no pertenecía á ninguna secta. Buscaba la verdad. He ahí todo.» Pues bien, todo el análisis moderno se reduce á eso. Vuelven á discutirse los pro-

blemas; la ciencia actual procede á una revisión de pretendidas verdades que el pasado admitía en nombre de ciertos dogmas. Se estudia la naturaleza y el hombre; se clasifican los documentos, avanza paso á paso empleando el método experimental y analítico; pero se guarda muy bien de sentar una conclusión definitiva, porque el análisis es continuo y la ciencia moderna no puede preciarse de conocer la última palabra. No se niega á Dios; se trata de remontarse á El por medio del análisis del mundo. Si El existe, nosotros le veremos; la ciencia nos lo dirá. Por lo pronto lo descartamos, no queremos contar con un elemento sobrenatural, un axioma extrahumano que entorpece nuestras observaciones exactas. Los que empiezan por afirmar lo absoluto introducen en sus estudios seres y cosas de pura imaginación, de un valor estético más ó menos grande pero de una moralidad y de una verdad enteramente nulas.

Y no entro sólo en el dominio científico, llego también al literario. La fórmula naturalista en literatura es idéntica á la fórmula naturalista en las ciencias, y particularmente en fisiología. Es el mismo análisis de los hechos vitales llevado á los hechos pasionales y sociales; el espíritu del siglo da movimiento á todas las manifestaciones intelectuales; el novelista que estudia las costumbres, completa al fisiologista que estudia los órganos. M. Renan sigue estando conforme conmigo. Escuchadle:

«Claudio Bernard habla poco de las cuestiones sociales, tiene el espíritu demasiado grande para limitar sus principios generales. El carácter conquistador de la ciencia es admitido por él hasta en el dominio de las ciencias de la humanidad. El activo papel de las ciencias experimentales—dice—no se reduce á las ciencias físico-químicas y fisiológicas; se extiende hasta las ciencias históricas y morales. Se

comprende, pues, que no se contentaba con ser mero espectador del bien y del mal, practicando el uno y preservándose del otro. La moral moderna aspira á un papel mucho más grande; busca las causas y trata de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, hacer que nazca el uno y procurar su desenvolvimiento, luchar con el otro para extirparlo y destruirlo.» Extended el papel de las ciencias experimentales, hacedlas tomar parte en el estudio de las pasiones y la pintura de las costumbres, y obtendréis nuestras novelas que buscan las causas, que las explican, que reúnen los documentos humanos clasificándolos ordenadamente de modo que desenvuelvan los buenos elementos y exterminen los malos. Nosotros tenemos una misión idéntica á la de los sabios. Es imposible fundamentar una legislación sobre las mentiras del idealismo. Por el contrario, basándolas en los documentos verdaderos que el na-

turalismo aporta, se podrá sin duda un día establecer una sociedad mejor, que vivirá por la lógica y para el método. Desde el momento que lleguemos á la verdad, llegaremos á la moralidad.

Ved el cuadro que M. Renan traza de los trabajos del sabio. «Pasó su vida en un oscuro laboratorio en el Colegio de Francia, en medio de los espectáculos más repugnantes, respirando una atmósfera de muerte, las manos llenas de sangre; encontró los más íntimos secretos de la vida, y las verdades que salían de esta triste mansión producían á todos verdadero asombro.»

El mismo Claudio Bernard decía: «El fisiologista no es un hombre de mundo, es un sabio, es un hombre abstraído por la idea científica que persigue; no oye los gritos de los animales, no ve la sangre que corre, no ve más que su idea, no advierte otra cosa que organismos que ocultan el problema que trata de resolver. El cirujano no se detiene

al oír los sollozos, porque no se fija más que en el resultado de su operación. El anatomista, del mismo modo, es insensible porque está bajo la influencia de una idea científica, y persigue con fruición un nervio en las carnes pálidas y ensangrentadas que para cualquier otro hombre sería motivo de horror y repugnancia.» Delante de este cuadro, ¿se nos perdonarán nuestras audacias á nosotros, escritores naturalistas, que por amor á la verdad perseguimos á veces con delicia los desequilibrios y las sacudidas dolorosas de la pasión? ¿Se nos reprochará la sangre que hacemos correr, los sollozos que no evitamos á los lectores? Es que esperamos que la verdad salga del triste medio en que vivimos.

Tal es la alta figura de Claudio Bernard. Representa la ciencia moderna desdeñando á la retórica, con su análisis vigoroso y metódico, exento de toda concesión á lo desconocido. No admite ningún agente irracional, tal

como una revelación, una tradición, una autoridad convencional y arbitraria. Pretende que en el problema del hombre todo debe ser estudiado y aplicado por la experiencia y el análisis. En una palabra, que este hombre es la encarnación de la verdad probada. De aquí nace su influencia decisiva sobre su tiempo. Cada uno de sus descubrimientos significa un progreso de la inteligencia humana. Los discípulos le rodean. El deja multitud de documentos que serán útiles en el porvenir. Y ahora volved los ojos á M. Renan, al retórico que ha idealizado sus conocimientos y sus indagaciones de erudito. Evidentemente no es más que un poeta, un soñador rezagado. La fuerza del siglo está representada por Claudio Bernard. El magnífico esplendor poético, el lirismo de Víctor Hugo, no es más que una música soberbia al lado de las conquistas viriles de Claudio Bernard sobre el misterio de la vida. En tanto que el poeta lírico lo perturba

todo, propaga el error y ensancha el campo de lo desconocido por pasear las locuras de su imaginación, el fisiologista reduce el campo de la mentira, deja un lugar cada vez más pequeño á la ignorancia humana, honra la razón y hace una obra de justicia. ¡Pues bien! En todo esto se encuentra la sola y verdadera moral. Tal espectáculo es el único que puede servir de gran lección y de acicate para los grandes pensamientos.

IV

Veamos ahora esa fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura. Empezaré por el argumento de los líricos: hay ciencia y hay poesía. Desde luego, es cierto, no vamos á suprimir á los poetas. Tratamos únicamente de colocarlos en su puesto y

de establecer que no son ellos los que marchan á la cabeza del siglo, ni los que tienen el privilegio de la moral y del patriotismo.

En los primeros días de la humanidad, fué la poesía el sueño de la ciencia en los pueblos jóvenes. De dos facultades humanas, sentir y comprender, la primera hizo á los poetas y la segunda á los sabios. Tómese al hombre en la cuna; sólo tiene sentidos que funcionan; cada impresión es un éxtasis; no ve la realidad, la sueña. Después, á medida que crece, le domina la curiosidad, trabaja su inteligencia, aventura una hipótesis tras otra, se forma ideas más ó menos grandes, más ó menos exactas, del medio en que vive. A esa edad es poeta; el Universo no es para él más que un inmenso ideal en que pasan sus ensayos de comprensión. Más tarde, si imponen algunas nociones exactas, se reduce su ideal, acaba por acomodarle en un cielo lejano y en oscuros orígenes de la

vida. Pues bien; la historia de la humanidad es igual á la del hombre. El ideal trae su origen de la primitiva ignorancia. A medida que adelanta la ciencia, retrocede el ideal. M. Renán lo transforma; el resultado es el mismo. No quiero entrar en la discusión filosófica, ni afirmar que la ciencia llegará á suprimir lo desconocido. No debemos preocuparnos de eso; nuestro deber es ir adelante en la conquista de la verdad; no necesitamos llegar á las últimas conclusiones. Nuestra lucha con los idealistas consiste sólo en que partimos de la observación y de la experiencia, mientras que ellos parten de lo absoluto. La ciencia es, pues, á decir verdad, la poesía explicada. El sabio es un poeta que sustituye las hipótesis de la imaginación por el exacto estudio de las cosas y de los seres. En nuestra época, sólo es cuestión de temperamento; unos, tienen el cerebro hecho de suerte que encuentran más agradables los antiguos sueños, ver el

mundo á través de una especie de velo caprichoso en la visión de sus nervios excitados; otros, estiman que el único estado de verdad y de grandeza posible, para un individuo y para una nación, es tocar la realidad con los dedos, asentar nuestra inteligencia y los acontecimientos de nuestra vida sobre el sólido terreno de la verdad. Aquellos son los poetas líricos, los románticos, éstos los escritores naturalistas. Y el porvenir dependerá de la elección que hagan las generaciones de estos dos caminos. A la juventud toca decidir.

¡Cuánta necedad se ha dicho últimamente sobre la fórmula naturalista! En la prensa se ha formado una teoría estúpida que me tocaba personalmente. Vanamente me he esforzado, desde hace tres años, en explicar que yo no era innovador, que no llevaba una invención en el bolsillo. Mi papel ha sido el de un crítico que estudia su época, y deduce, con pruebas evidentes, la dirección que supone emprendida por el

siglo. He encontrado la fórmula naturalista en el siglo XVIII, pero, si se quiere, nace en los primeros tiempos de la historia. La he presentado, soberbiamente aplicada, en nuestra literatura nacional, por Stendhal y por Balzac; he dicho que nuestra novela actual continuaba la obra de esos maestros, y he citado en primera línea á Gustavo Flaubert, á Edmundo y Julio de Goncourt y á Alfonso Daudet. Desde entonces, ¿dónde ha podido verse que yo inventaba una teoría para mi uso particular? ¿Quiénes son los necios que han imaginado presentarme como un vanidoso que quiere imponer su retórica y que funda en una obra suya todo el pasado y todo el porvenir de la literatura francesa?

Es, en verdad, el colmo de la ceguera y de la mala fe. ¿Se me entenderá hoy? ¿Se comprenderá que la fórmula científica de Claudio Bernard no es la misma fórmula de los escritores naturalistas? Esta fórmula es la del

siglo entero. No me pertenece á mí, no soy tan loco que pretenda para mí la obra de un siglo de trabajo, la larguísima labor del genio humano. Mi humilde tarea se ha limitado á precisar la evolución actual, á separarla del periodo romántico, á limpiar bien el terreno para establecer la lucha fatal que emprenden los idealistas y los naturalistas, y, en fin, á predecir la victoria de estos últimos. Fuera de estas discusiones teóricas, nunca me he presentado más que como el soldado más convencido de la verdad.

Sí, nuestra fórmula naturalista es la fórmula de los fisiólogos, de los químicos y de los físicos. El empleo de esta fórmula en nuestra literatura data del pasado siglo, desde los primeros albores de las modernas ciencias. El movimiento estaba hecho, la investigación universal tenía que venir. Veinte veces he hecho ya la historia de esa inmensa evolución que nos lleva al porvenir. Ella ha renovado la historia

y la crítica; sacándolas del empirismo de las fórmulas escolásticas, ha transformado la novela y el drama, desde Diderot y Rousseau hasta Balzac y sus continuadores. ¿Pueden negarse los hechos? ¿No están ahí cien años de nuestra historia que presentan el espíritu científico destruyendo el orden clásico de otros siglos, empezando por la insurrección romántica y triunfando después con los escritores naturalistas? Otra vez diré que no soy yo el naturalismo; lo es todo escritor que, voluntaria ó involuntariamente, emplea la fórmula científica, comienza el estudio del mundo por la observación y el análisis, negando lo absoluto, lo ideal revelado é irracional. El naturalismo es Diderot, Rousseau, Balzac, Stendhal y otros veinte. Se hace de mí una grotesca caricatura, presentándose como un pontífice, como el maestro de una escuela. No tenemos religión; no hay, pues, pontífices entre nosotros. En cuanto á nuestra escuela, es demasia-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALBANY

do vasta para obedecer á un jefe. No es como la escuela romántica, que encarna en la fantasía individual, en el genio de un poeta. No vive de una retórica, existe por una fórmula; y por eso el día en que necesitemos un jefe, elegiremos á un sabio como Claudio Bernard. Si hace poco he tomado de M. Renan tantas ideas, era justamente para establecer, sobre pruebas tomadas á un idealista, que la fuerza del siglo está en la ciencia, en el naturalismo. Claudio Bernard: ese es nuestro hombre, el hombre de la fórmula científica, separado de la retórica, tal como lo ha representado el autor de la *Vida de Jesús*.

¿Puedo permitirme una anécdota personal? Un día daba yo á un periodista de mucho talento estas explicaciones, repitiéndole que jamás había yo tenido la necia ambición de hacer el papel de jefe de escuela. Añadía que, sin remontarme á Balzac, tenía en la literatura contemporánea mayores ilustres

que podían mejor que yo apropiarse el título de maestros. Por último, hice notar que el error sobre mi supuesto orgullo venía sin duda de que yo era el abanderado de la idea científica. Pues bien, conforme hablaba, iba el periodista poniéndose serio y tomando un aire de disgusto y aburrimiento. El que hasta entonces se había divertido mucho con el naturalismo, acabó por interrumpirme exclamando: «Cómo, ¿no es más que eso? Pues no me parece ya extraño.» La frase era profunda. Desde el momento en que yo era razonable, en que no tenía en el bolsillo una religión estrambótica, no era ya extraño; desde el momento en que el naturalismo no se encarnaba en un retórico indecente y se extendía hasta convertirse en el movimiento intelectual del siglo, no merecía ya que se ocupasen de él.

Pues esa es la lucha de la estupidez: se ha pretendido, se pretende aún, que el naturalismo sea más una retórica in-

decente. Por más que he protestado y he dicho que los asuntos míos y mi forma en ciertos escritos no comprometían sino á mí y dejaban la fórmula intacta, sigue repitiéndose que el naturalismo es una invención que he lanzado para establecer *L'Assommoir* como una biblia. Esas gentes no ven más que la retórica. Siempre las palabras; no pueden imaginar nada detrás de las palabras. Ciertamente soy hombre de paz, pero siento un secreto deseo de estrangular á los que dicen delante de mí: «¡ Ah! sí, el naturalismo, las palabras soeces! »

¿Quién ha dicho semejante cosa? Ya me canso de repetir que el naturalismo no está en las palabras, que su fuerza está en la fórmula científica. ¿Cuántas veces me veré obligado á decir que es sencillamente el estudio de los seres y de las cosas sometidas á la observación y al análisis, fuera de toda idea preconcebida de lo absoluto. Después viene la cuestión retórica. Trataremos ahora de ello si queréis.

Más arriba he explicado cómo han venido los románticos, en mi opinión, á satisfacer una necesidad especial de los retóricos, en el lenguaje. Esa extensión del diccionario era indispensable. Personalmente, me duelo á veces de que los poetas líricos se hayan visto obligados á hacer ese trabajo, al ver los especiales y extraños coloridos que han prestado al estilo; tenemos aún para algunos años, antes de que se equilibren esos materiales y lleguen á producir una lengua tan sólida como rica. Todos nosotros, los escritores de la segunda mitad del siglo, somos, pues, como estilistas, los hijos de los románticos. Esto no puede negarse. Han forjado un instrumento que nos han dejado en herencia y del cual nos servimos diariamente. Los mejores de los nuestros deben su retórica á los poetas y á los prosistas de 1830.

¿Pero quién duda que ha terminado ya el reinado de los retóricos? Ahora que nos han dado los instrumentos,

desaparecen por completo. Y nosotros llegamos para llenar nuestro cometido. El terreno ha sido limpiado. La cuestión de la lengua no nos detiene ya, tenemos toda la libertad y todas las facilidades para emprender nuestro enorme trabajo. Es la hora de la visión clara, en que la idea se desprende de la forma: la forma nos la han dejado los románticos, una forma que tendremos que modificar y llevar al terreno de la lógica estricta, tratando, sin embargo, de conservar las riquezas que encierra: la idea se impone más y más; es la fórmula científica aplicada á todo, tanto á la política como á la literatura.

Es, pues, el naturalismo una fórmula pura, es el método analítico y experimental. Es naturalista el que emplea ese método, cualquiera que sea su retórica. Stendhal es un naturalista, como Balzac, y su sequedad de estilo no se parece nada á la amplitud, á veces épica, de Balzac; pero los dos pro-

ceden por análisis y por experiencia. Podría citar, en nuestros días, escritores cuyo temperamento literario parece enteramente opuesto y que se encuentran y coinciden juntos en la fórmula naturalista. Por eso el naturalismo no es una escuela, en el estrecho sentido de la palabra, y por eso no hay un jefe, pues deja el campo libre á todas las individualidades. Como el romanticismo, no se encierra en la retórica de un hombre ni en la loca fantasía de un grupo. Es la literatura abierta á todos los esfuerzos personales: reside en la evolución de la inteligencia humana de nuestra época. No exige que se escriba con determinado estilo, ni que se copie á tal ó cual maestro. Exigese á cada cual que busque y clasifique los documentos humanos que haya recogido, que descubra su parte en la verdad, con ayuda del método.

Aquí el escritor no es más que un hombre de ciencia. Su personalidad de artista se afirma después por su estilo.

Eso es lo que constituye el arte. Se nos repite ese argumento estúpido: que nunca reproducimos exactamente la naturaleza. Es verdad que siempre mezclamos con ella nuestra humanidad, nuestro modo de entender. Sólo que hay un abismo entre el escritor naturalista que va de lo conocido á lo desconocido, y el escritor idealista, que tiene la pretensión de ir de lo desconocido á lo conocido. Si no presentamos nunca á la naturaleza íntegra, damos por lo menos la naturaleza verdadera, vista á través de nuestra humanidad; mientras que los otros complican las desviaciones de su óptica personal con los errores de una naturaleza imaginaria, que aceptan empíricamente como si fuese verdadera naturaleza. Total: no les pedimos sino que estudien el mundo por el análisis, sin abandonar nada de su temperamento literario.

¿Existe una escuela más vasta? Sé que la idea arrastra á la forma. Por eso creo que el lenguaje cambiará mucho

y abandonará la forma de 1830. Nosotros estamos condenados á repetir esa música; nuestros hijos se verán libres de ella. Yo deseo que lleguen á ese estilo científico, del cual hace M. Renan un elogio tan justificado. Ese sería el estilo enérgico de la literatura de la verdad, un estilo exento de la exuberancia romántica, con una solidez y una libertad clásicas. Hasta entonces haremos las frases de moda, pues nuestra educación romántica así lo exige; sólo que prepararemos el porvenir, coleccionando todos los documentos humanos que podamos, y llevando el análisis hasta donde nos lo permitan nuestros medios.

Ese es el naturalismo, y si esa palabra os asusta, si os parece más clara una perífrasis, la fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura.

BIBLIOTECA ALFONSA

V

Yo me dirijo á la juventud; yo la conjuro para que reflexione antes de tomar el camino del idealismo ó del naturalismo, porque la grandeza de la nación y la salud de la patria dependen hoy día de su elección.

Se lleva á la juventud á aplaudir los versos sonoros del *Ruy Blas*, se le ofrecen los cánticos de M. Renan como una solución exacta de la filosofía y de la ciencia, y por ambos lados se le emborracha de lirismo, se le llena la cabeza de palabras, se desequilibra su sistema nervioso con esta música, hasta el punto de hacerle crecer que la moral y el patriotismo consisten únicamente en las frases retóricas. Un diario republicano ha llegado á escribir: «Algunos que se engañaron al medir sus propias fuer-

zas han declarado la guerra á lo ideal; pero indudablemente serán vencidos.» ¡Ah, no es cierto! No somos nosotros los que hemos declarado la guerra á lo ideal, es el siglo entero, es la ciencia de los últimos cien años. De manera que el siglo será vencido, la ciencia será vencida, Claudio Bernard y todos sus discípulos serán vencidos. En verdad parece que se sueña cuando se leen afirmaciones tan pueriles en un periódico que se precia de ser serio y que parece no saber que la República existe actualmente por la fuerza de una fórmula científica. Ciertamente nada más justo que aplaudir á Víctor Hugo y á M. Renan. Pero que no se diga á la juventud: «He aquí el pan de que debéis alimentaros para llegar á ser fuertes; nutrios de lo ideal y de la retórica para ser grandes.» Este es un consejo desastroso; no se vive de lo ideal y de la retórica, se vive de la ciencia. La ciencia hace retroceder lo ideal, la ciencia es la que prepara el siglo xx. Seremos

más honrados, más dichosos, cuanto más la ciencia reduzca lo ideal, lo absoluto, lo desconocido, como se le quiera llamar.

Voy aún más lejos. Constituye esto una obra de sinceridad y de franqueza. M. Renan ha resucitado una dolorosa cuestión; nuestra derrota de 1870. Nos coloca delante nuestros vencedores, les acusa de no tener más que la cultura árida del espíritu, y exalta la cultura exquisita del antiguo espíritu francés. Si no hubiera en todo esto más que una lisonja á la Academia, la idea resultaría ingeniosa. Pero tenemos la evidencia de que se trata de una convicción profunda de M. Renan, que en una larga carta ha vuelto á establecer un paralelo entre las dos naciones, la una conquistando el mundo con su gracia y su delicadeza, la otra distanciándose de las demás naciones por su tesura militar.

No voy á examinar de ningún modo lo que ocurre hoy en Alemania, y ce-

lebraré que no cambiemos de temperamento, lo cual, por otra parte, sería muy difícil. Si M. Renan quiere decir que debemos seguir siendo agradables, alegres y buenos convidados, tiene razón. Pero si quiere insinuar que la retórica y lo ideal son las solas armas con que vamos á conquistar el mundo, y que con ellas seremos tanto más fuertes y tanto más grandes cuanto más sumisos permanezcamos á la cultura francesa, representada por la Academia, yo afirmaré que ese criterio es peligroso para la nación. Lo que hay que confesar muy alto es que en 1870 fuimos derrotados por el espíritu científico.

Sin duda que la imbecilidad del Imperio nos lanzó sin preparación suficiente en una guerra rechazada por el país. ¿Pero acaso en otras ocasiones no venció la Francia falta de todos los elementos, sin tropa y sin dinero? Es evidente que la antigua cultura francesa, la alegría del ata-

que, las hermosas locuras del valor bastaban para asegurar la victoria. En 1870, por el contrario, nos estrellamos contra el método de un pueblo más pesado y menos bravo que nosotros; fuimos rechazados por grandes masas, lógicamente organizadas; fuimos dispersados por una aplicación de la fórmula científica al arte de la guerra, aparte de lo que pudiera influir una artillería más poderosa que la nuestra, un armamento más apropiado, una disciplina más estrecha, un empleo más inteligente de la fuerza. Pues bien; lo repito enfrente de los desastres, de las heridas que sangran todavía, el verdadero patriotismo consiste en comprender que los tiempos nuevos han llegado y que es necesario aceptar la fórmula científica sin soñar en no sé qué contemplaciones idealistas. El espíritu científico nos ha derrotado; adoptemos el espíritu científico si queremos tomar el desquite. Los grandes capitanes no alcanzan la vic-

toria con palabras, sino con hechos.

He aquí por qué los idealistas nos acusan de falta de patriotismo, á nosotros los naturalistas, hombres de ciencia. Es porque no rimamos odas, porque no empleamos palabras rimbombantes. La escuela romántica ha hecho del patriotismo una simple cuestión de retórica. Según ellos, para ser patriota es suficiente escribir la palabra «patria» en un drama ó una obra literaria y hacer ondear con frecuencia las banderas. De esta manera se pretende que los espíritus se ensanchen y la hora del desquite se aproxime. Siempre la misma cuestión de música. Esto no es, después de todo, más que una excitación sensual por las bellas acciones. Se agitan los nervios; pero no hay nada que hable á la inteligencia, á las facultades de comprensión y de aplicación. El papel que estos teóricos del patriotismo desempeñan, puede ser comparado al de una música militar entonando himnos patrióticos mientras

los soldados se baten; la música les excita, les conmueve, les da valor, pero la excitación nerviosa no tiene más que una influencia relativa y accidental en la victoria. La victoria en los tiempos modernos se debe al genio técnico del general en jefe, á la mano que aplica á la guerra la fórmula científica de la época. Ved la historia de todos los grandes capitanes. Conducid á nuestra juventud al sitio que ocupan los sabios, no los poetas, si queréis tener una juventud vigorosa. Los delirios del lirismo no pueden producir más que locuras heroicas, pero al fin locuras, y lo que necesitamos son soldados fuertes, sanos de espíritu y de cuerpo, marchando matemáticamente á la victoria. Utilizad si queréis la música de los retóricos, pero tened bien entendido que es simplemente una música. Nosotros somos los verdaderos patriotas, nosotros que queremos que Francia se inspire en la ciencia, desligada de las declamaciones líricas, engrandecida por

el culto á lo verdadero, aplicando á todo la fórmula científica, en política como en literatura, en la economía social como en el arte de la guerra.

¡Si yo abordara la cuestión moral! Ya he demostrado que las gentes honradas no admitirían en su trato ni recibirían en sus salones ni uno solo de los personajes del *Ruy Blas*. No hay entre ellos más que canallas, caballeros de industria y mujeres adúlteras. Todo el repertorio romántico se encuentra entre el lodo y la sangre sin tener la excusa de conseguir una enseñanza, un solo documento de sus cadáveres ensangrentados.

La moral de los idealistas está en el aire, encima de los hechos; consiste en máximas aplicadas á las abstracciones. Es el ideal la medida común, un dogma de la virtud, y por esto muchas personas son virtuosas como ellos son católicos sin practicar. No quiero citar aquí ninguna personalidad, pero quiero hacer constar que los libertinos

hacen gala de los principios morales más rígidos. Tras de las grandes palabras, ¡qué inmoralidad más desnuda! El padre compartiendo con su hijo las caricias de sus queridas, la madre olvidando sus deberes en los brazos de los amigos de la casa.

Todavía hay hombres políticos que defienden la familia en sus periódicos, llegando al extremo de no tolerar una palabra atrevida, en tanto que se enriquecen merced á sus chanchullos financieros, y roban los unos, se emborrachan los otros, dando rienda suelta á sus apetitos de fortuna y ambición. Para estos pillos, el idealismo es un velo detrás del cual pueden permitirse todo género de excesos. Cuando se han cubierto con la careta del idealismo; cuando han oscurecido la luz de la verdad, creen estar seguros de no ser vistos, y alegran la noche que han producido con sus indecencias. Pretenden imponer silencio en nombre del ideal y ocultar las verdades demasiado

crudas que les molestan; el ideal se convierte en una policía, en una prohibición de tocar ciertos asuntos, en un lazo que sujeta al pueblo para que se conserve honesto, mientras los maliciosos sonríen escépticamente y hacen todo aquello que prohíben á los demás. Se descubre toda la miseria de esa moral dogmática que tanto ruido produce en la retórica de los poetas, que se aplaude con tanto entusiasmo como á una bailarina, y que se olvida en cuanto se le vuelve la espalda. No es más que una música de honestidad que resulta bien ante el público en un teatro, pero que se aprecia individualmente de diferente modo. Nadie se hace bueno ni malo al salir; los unos vuelven á sus vicios, y el mundo sigue su curso natural. Todo lo que no se funda en los hechos, todo lo que no está demostrado por la experiencia, carece de valor práctico.

Se nos acusa de faltar á la moral, á nosotros, escritores naturalistas, y cier-

tamente faltamos á esa moral de pura retórica. Nuestra moral es la que Claudio Bernard ha definido claramente. «La moral moderna busca las causas y trata de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, procurar el desenvolvimiento del uno, y luchar con el otro para estirparlo y destruirlo.» Toda la alta y severa filosofía de nuestras obras naturalistas se encuentra admirablemente sintetizada en estas líneas. Buscamos las causas del mal social, hacemos la anatomía de las clases y de los individuos, para explicar los desequilibrios que se producen en la sociedad y en el hombre. Esto nos obliga á descender á las miserias y las locuras humanas. Aportamos los documentos necesarios para que se pueda, una vez conocidos, dominar el bien y el mal. He aquí lo que nosotros hemos visto, observado y explicado con toda sinceridad: después de esto, el legislador es el que tiene la obligación de procurar el desenvolvi-

miento del bien y luchar con el mal para destruirlo y estirparlo. Ninguna misión es tan moralizadora como la nuestra, puesto que la ley tiene que fundamentarse en nuestras conclusiones.

Nuestra virtud está en los hechos y no en las palabras; somos los obreros que revisamos el edificio, indicando los materiales podridos que hay en él, y que pueden de un momento á otro producir la ruina.

¿No es este un trabajo más útil, más serio y más digno que el de coger la lira y alentar á la humanidad con sus acordes? ¡Ah si yo estableciera un paralelo entre las obras románticas y las obras naturalistas! El idealismo engendra todo género de fantasías perjudiciales; el idealismo es quien arroja á la joven en brazos del primer hombre que encuentra en su camino; es el idealismo quien hace adúlteras á las mujeres. Desde el momento que se abandona el terreno sólido de la verdad, se nos lanza á todas las mons-

truosidades. Coged las novelas y los dramas románticos, y estudiadlos bajo este punto de vista; encontraréis en ellos los refinamientos más vergonzosos de la carne, las enfermedades más repugnantes del cuerpo y del espíritu. Sin duda todas estas suciedades están amparadas bajo un vistoso pabellón.

Sin duda esas inmundicias están brillantemente revestidas. Son alcobas indecentes que se han cerrado con colgaduras de seda; pero yo sostengo que esos velos, esas reticencias, esas infamias ocultas ofrecen un peligro mayor, porque el lector puede concebirlas á su gusto, puede alargarlas y abandonarse á ellos como á una recreación deliciosa y lícita. Con las obras naturalistas es imposible esa hipocresía del vicio. Espantan quizá, pero no corrompen. La verdad no perjudica á nadie. Si se les prohíbe á los niños es porque están hechas para hombres, y los que las lean sacarán un provecho evidente. Estas son ideas sencillas é irrefutables,

sobre las que todo el mundo debiera estar de acuerdo. Se nos llama corruptores; nada hay más necio. Los corruptores son los idealistas, que mienten.

Precisamente se nos discute con tanto ahinco porque turbamos á mucha gente en sus secretos placeres. Es duro el renunciar al veneno que nos ofrece el ideal, á ese paraíso sensual, en que las ventanas están herméticamente cerradas. Allí se entraba por un postigo y se encontraban en mitad del día oscuros cuartos iluminados por bujías. Aquello no era la vida ordinaria, la tierra con su idéntico y eterno aspecto; se encontraba uno en medio de una voluptuosidad escondida. Nosotros destruimos ese lugar inmundo, y es natural que se enfaden. ¡Además había un ruido tan monótono en las frases de los retóricos, un estremecimiento tan agradable en el lirismo de los poetas románticos! Toda la juventud se abandonaba á ellos como se abandona uno á los placeres fáciles. Dedicarse á la ciencia,

entrar en el austero laboratorio del sabio, abandonar sus sueños tan dulces por terribles verdades, eso hace temblar á los colegiales de ayer. Todos quieren vivir algunos años en el hermoso error. Por eso parte de la juventud es hoy todavía partidaria del lirismo. Pero el movimiento está dado, la fórmula científica se impone, son muchos los que la aceptan ya. Es el mañana, que se prepara. Los que nacen hoy no deben olvidar que serán los hombres del siglo xx. Que los poetas idealistas canten lo desconocido, pero que nos dejen á los escritores naturalistas rechazar ese desconocido todo lo que podamos. No extremo mi razonamiento hasta el punto de predecir el próximo fin de la poesía. Sólo concedo á la poesía el papel de orquesta; los poetas pueden seguir haciendo música mientras nosotros trabajamos.

Ahora sólo me falta la conclusión. Acabaré diciendo cuál debe ser, en mi opinión, la situación y el papel de

Francia en la Europa moderna. Hemos reinado durante mucho tiempo sobre las naciones. ¿En qué consiste, pues, que nuestra influencia decrece en el día? En que después de la tormenta de nuestra revolución, no nos hemos dedicado al oficio de sabios que los nuevos tiempos nos exigían. Es cierto que tenemos en la raza el genio que encuentra y que impone la verdad por un acto de brusca iniciativa. Lo que después nos falta es el método, la aplicación lógica de la ley enérgicamente formulada en un día de crisis. Somos capaces de construir un faro que ilumine el mundo, y al día siguiente navegaremos en las tinieblas, nos perderemos en declamaciones líricas, despreciaremos los hechos para ahogarnos en un oscuro ideal. Por eso nosotros, que deberíamos estar en la cúspide, después de las semillas de la verdad que sin cesar hemos echado al viento, estamos á estas horas achicados, aplastados por las razas más pesadas y más

metódicas. Pues bien : nuestro camino está trazado si queremos volver á reinar. Basta con que resueltamente penetremos en la ciencia. Basta de lirismo, basta de palabras huecas; queremos hechos, necesitamos documentos. El imperio del mundo será de la nación que emplee la observación más clara y el análisis más poderoso. Obsérvese que todas las cualidades de la raza de que habla M. Renan pueden emplearse en ello; no se trata de ser pedante, de desechar el carácter alegre, de estropear nuestras conquistas con la seriedad y la tiesura militar; seremos más fuertes si las empleamos en el triunfo de la libertad, con la generosidad del temperamento que nos es propio. Que la juventud me entienda; ese es el verdadero patriotismo. Aplicando la fórmula científica, reconquistará la Alsacia y la Lorena.

LA LITERATURA OBSCENA

Acabamos de asistir á un caso muy curioso. París es presa de un acceso de virtud: hablo de un acceso en período agudo, de una de esas crisis que manifiestan la ignorancia y la tontería del público. Cuando la enfermedad se declara, ataca hasta á los más ingeniosos; no mueren todos, pero todos se contagian. Es cuestión de moda durante quince días. Esta vez la prensa ha hecho un gran descubrimiento; se trata de lo que ella, en su indignación, llama literatura obscena.

La historia es demasiado curiosa